

CAPÍTULO UNO

Se habían sentado en varias mesas dispersas por el local, y constituían una ruidosa pandilla de cantores que ahora contemplaba cómo Arthur se dirigía con paso vacilante hacia el rellano de la escalera. Era muy probable que todos supieran que iba borracho como una cuba, y también se habrían dado cuenta de que pronto iba a estar en peligro, pero nadie se levantó para hablar con él ni para llevarlo de vuelta a su asiento. Así pues, con once pintas de cerveza y siete tragos de ginebra jugando al escondite por su estómago, Arthur se cayó rodando escaleras abajo.

El White Horse Club celebraba su noche benéfica. El pub había roto la hucha y tirado la casa por la ventana en cada una de sus salas y entre sus cuatro paredes. El suelo temblaba, vibraban los cristales, y las hojas de aspidistra se iban marchitando entre brumas de cerveza y humo. El Notts había ganado al equipo visitante y los miembros del White Horse se acuartelaron en el piso de arriba para recibir al caudal de

hinchas que acudían para celebrar la victoria. Arthur no era miembro del club, pero Brenda sí, de ahí que se estuviera bebiendo la cuota —hasta que durase— que le correspondía a su marido ausente. Más tarde, cuando al club se le acabó el dinero y el astuto encargado cerró el grifo para los que no pudieran pagarse sus consumiciones, Arthur dejó ocho medias coronas sobre la mesa con intención de apoquinar lo suyo.

Era la noche del sábado, la mejor, la más juerguista y la más divertida de la semana. Uno de los cincuenta y dos días de fiesta en la Gran Rueda del año que tan lento gira; un preámbulo enardecido para un Sabbath de postración. Las pasiones contenidas explotaban cuando llegaba la noche del sábado, y el efecto de la dura y monótona faena de una semana en la fábrica se eliminaba del organismo en un estallido de cordialidad y buena disposición. Tu lema era «emborráchate y disfruta», y con tus mañosos brazos rodeabas cinturas femeninas, sintiendo cómo la cerveza bajaba benéficamente hasta el elástico receptáculo de tu estómago.

Brenda y otras dos mujeres que se habían sentado con Arthur vieron cómo este echaba hacia atrás su silla y se levantaba con estrépito; sus velados ojos grises le otorgaban el aspecto de un druida alto y enjuto que estuviera a punto de emprender una danza frenética. Pero, en lugar de eso, musitó algo que ellas, demasiado abstraídas o puede que demasiado borrachas, no pudieron entender, y caminó vacilante hacia el primer escalón. Muchos observaron cómo se sujetaba a la barandilla. Luego giró la cabeza y echó una lenta mirada alrededor del salón abarrotado, como si no supiese muy bien qué pie mover primero para que su cuerpo comenzase el descenso, ni siquiera por qué quería bajar las escaleras en ese preciso instante.

Sintió en la nuca la luz y el ardor de las bombillas, y notó en el transcurso de un segundo que su cuerpo y su mente

eran entidades separadas por completo, tratando de seguir caminos diferentes. Por algún motivo, la voz alta y cascada que cantaba en el salón trasero le pareció la señal para comenzar de inmediato el descenso, así que adelantó un pie, lo vio posarse en el siguiente escalón de modo inseguro y sintió el peso de su cuerpo vencerse sobre él, hasta que la presión fue tan grande que no tuvo más remedio que echarse a rodar escaleras abajo.

El combustible de ocho octanos compuesto por siete ginebras y once pintas hacía que se moviese como una máquina, y si había entrado todo eso dentro de él se debía a los alardes de uno de los tipos del bar. Un cretino grandote y fanfarrón que decía haber sido marino —así lo describiría Arthur más tarde— y que imponía su presencia marcando su territorio en varias mesas. Le contaba a todo aquel que quisiera escucharle cosas acerca de cada uno de los lugares del mundo en los que había estado, remarcando en cada anécdota el hecho de que era un bebedor consumado y el tipo más campechano del pub. Tenía unos cuarenta y estaba en su mejor momento: no era demasiado barrigón, llevaba un traje con chaleco y una camisa de rayas a juego cuyos puños llegaban hasta el reverso de una mano carnosa y peluda que mostraba bien a las claras su desfachatez.

—Ya que hablamos de beber —exclamó la amiga de Brenda—, apuesto a que no eres capaz de hacerlo como el joven Arthur Seaton —dijo señalando con la cabeza hacia el final de la mesa donde estaba Arthur—. Solo tiene veintiuno y bebe como un cosaco. No sé dónde lo mete. Va todo para dentro y a veces te preguntas cuándo le van a reventar las tripas por toda la sala. Pero ni siquiera se hincha.

El fanfarrón lanzó un gruñido y trató de ignorar su elogio, pero al final de una vívida y fogosa descripción de un burdel de Alejandría se dirigió a Arthur:

—Dicen por aquí que bebes lo tuyo, compañero.

A Arthur no le gustó que le llamasen «compañero». Aquello le hizo dar un respingo.

—Regular —contestó con modestia—. ¿Por?

—¿Entonces, cuánto es lo máximo que has bebido? —quiso saber el fanfarrón—. Solíamos hacer campeonatos para ver quién bebía más cuando bajábamos a tierra —añadió dirigiendo una sonrisa amplia y consciente hacia el enardecido grupo de espectadores. A Arthur le recordó a un sargento mayor que una vez le había complicado la vida en el ejército.

—No lo sé —le dijo Arthur—. No llevo la cuenta.

—Bueno —siguió el fanfarrón—, veamos cuánto aguantas ahora. El que pierda paga.

Arthur no se lo pensó dos veces. Alcohol gratis era alcohol gratis. Además, le daba rabia la gloria inmerecida de los charlatanes. Esperaba hacerle quedar mal y ponerlo en su sitio.

Las tácticas del fanfarrón eran hábiles y sólidas, eso tenía que admitirlo. Al ganar a cara o cruz el derecho de escoger, empezó con ginebras, y tras la séptima se pasó a la cerveza, a las pintas. Arthur disfrutaba de las ginebras, y la cerveza le encantaba. El empate duró lo suyo. Era como si fuesen a estar ahí sentados empinando el codo para siempre, hasta que, de repente, cuando iba por la décima pinta, el fanfarrón se puso de color verde y tuvo que salir corriendo. Debió de pagar la cuenta abajo, porque no volvieron a verlo. Como si nada hubiera ocurrido, Arthur volvió a su cerveza.

Ahora, mientras rodaba escaleras abajo, se reía para sus adentros de los trompazos que se iba dando en el cráneo y por toda la columna, como si estuvieran ocurriendo a miles de kilómetros y él fuese una máquina de detectar terremotos que registrara levemente una vibración procedente de otro lugar de la superficie de la tierra. Ese rodar por las escaleras era en verdad tan relajante y soporífero que cuando terminó el viaje,

tras alcanzar el final de las escaleras, mantuvo los ojos cerrados y se quedó dormido. Era una sensación placentera y lejana, y le habría gustado permanecer exactamente en esa posición el resto de su vida.

Sintió que alguien le daba codazos en las costillas, y se dio cuenta de que no era como ese tipo de codazos despiadados que se dan en las peleas, o como los tiernos y juguetones codazos de la mujer a la que uno se lleva a la cama, sino como el amago de codazo de un hombre que no sabe a ciencia cierta si está golpeando las costillas de alguien que de repente podría saltar como un resorte y devolverle otro codazo más fuerte aún. A Arthur le parecía que el tipo además insistía en decirle algo, por lo que intentó, con mucho esfuerzo, pero en vano, ofrecerle una respuesta, si bien no sabía lo que el otro le estaba preguntando. Aunque hubiese sido capaz de mover los labios, el tipo no le habría entendido, ya que Arthur tenía la cara metida en el estómago: para cualquiera que contemplase la escena, tenía el aspecto de un feto gigantesco, totalmente vestido y acurrucado al pie de un tramo de escaleras sobre una alfombra roja afelpada, oculto bajo la sombra de dos aspidistras que se inclinaban sobre él como brazos de selvático follaje.

Los codazos del hombre eran cada vez más persistentes, y Arthur comprendió poco a poco que aquellos dedos debían de pertenecer a uno de los camareros, o bien al propio encargado. Era, en efecto, un camarero, trapo y bandeja en mano, con la chaquetilla blanca desabrochada después de una noche entera de trabajo, un rostro habitualmente plano pero que ahora tomaba carácter debido a su preocupación hacia este joven alto, de rasgos férreos y pelo muy corto, que estaba tumbado inconsciente a sus pies.

—Se ha pasado con la bebida, pobre tipo —dijo un anciano dirigiéndose hacia el cuerpo de Arthur y canturreando un

himno mientras pensaba, al subir las escaleras, lo divertido y pecaminoso que sería poseer la debilidad y a la vez la fortaleza de carácter para emborracharse tanto y rodar escaleras abajo en semejante estado de inconsciencia.

—Vamos, hombre —le suplicó el camarero a Arthur—. Si entra la poli y te encuentra así nos multarán. Ya nos metimos en líos la semana pasada con un tipo al que le dio un ataque y tuvieron que llevarle al Hospital General en una ambulancia. No queremos más líos. El pub se va a ganar mala fama.

Mientras Arthur se giraba para consolidar su sueño y hacerlo más profundo, una luz cegadora que venía del techo le alcanzó los ojos. Él los abrió, para verse frente a la chaquetilla blanca y el rostro sonrosado del camarero.

—¡Cristo! —masculló.

—Él no te va a ayudar —dijo con desgana el camarero—. Vamos, levántate y sal a tomar el aire. Así te sentirás mejor.

Arthur se sintió contento, aunque no cooperó cuando el camarero quiso ayudarle a ponerse en pie: era como estar en el hospital y tener una enfermera que lo hace todo por ti con mucha diligencia, y te advierte todo el tiempo que no tienes que intentar hacer nada por ti mismo porque te costaría otra semana más de cama. Como hace dos años, cuando le atropelló una furgoneta que iba hacia Derby. Pero el camarero no opinaba lo mismo, y tras empujarle para que se mantuviese sentado gritó, soplando con su fuerte aliento hacia las hojas de aspidistra:

—¡Bueno, ya basta! No te has muerto. Vamos. ¡Levántate!

Cuando las piernas del otro se abrieron y se cerraron sobre Arthur —al retirar el zapato, le golpeó el hombro—, él gritó con voz totalmente espabilada y beligerante:

—Eh, amigo, ¿por qué no miras por dónde vas? Tú y los zopencos de tus colegas. —Se volvió hacia el camarero—: A algunos les encanta salir los sábados con sus botas de minero.

El hombre se dio la vuelta en mitad de las escaleras:

—Eso te pasa por dormirte en una zona de paso. No aguantáis la bebida, ese es el problema con vosotros, los jóvenes.

—Eso es lo que tú te crees —contraatacó Arthur, agarrándose a la barandilla para ponerse de pie y sujetándola bien fuerte.

—Venga, tienes que irte —dijo el camarero tristemente, como si se hubiese puesto un birrete negro para dictar sentencia—. En ese estado no podemos servirte más cerveza.

—¡Si estoy perfectamente! —exclamó Arthur, percatándose de una situación de extremo peligro.

—Sí, claro —replicó el camarero fría e irónicamente—. Ya sé que estás bien, pero te has pasado un poco emborrachándote así.

Arthur negó estar borracho. Hablaba con tal claridad que el camarero estuvo a punto de creerle.

—Fúmate un pitillo, tío —dijo, y encendió los dos cigarrillos con una mano totalmente serena—. Esta noche debéis de tener mucho jaleo —sugirió con tanta sensatez como si acabase de llegar de la calle sin ni siquiera haberle dado un sorbo a una clara.

Su observación logró herir la sensibilidad del camarero.

—No tanto. Estoy tan cansado que no siento los pies. Estas noches de sábado van a acabar matándome.

—No es lo que uno llamaría un buen trabajo —dijo Arthur con simpatía.

—Bueno, no es eso exactamente —comenzó a quejarse el camarero en tono amistoso y confidencial de repente—. Es que andamos escasos de personal. Nadie quiere un trabajo como este, ya sabes, y...

El encargado salió por la puerta del bar. Era un tipo bajito y nervudo, con un traje de raya diplomática, que nadie tomaría por el encargado hasta no ver en su ojo derecho el sello apenas perceptible de un hombre autoritario y abstemio.

—Vamos, Jim —dijo ásperamente—. No pago a mis camareros para que se pasen la noche charlando con sus amigos. Sabes que es una noche de mucho trabajo. Vuelve arriba y tenlos contentos.

Jim asintió mientras miraba a Arthur:

—Es que este tipo de aquí...

Pero el encargado ya estaba vigilando otra zona, así que el camarero vio que no tenía sentido continuar. Se encogió de hombros y obedeció la orden, con lo que dejó a Arthur vía libre para seguir paseándose por el bar.

Firmemente agarrado a la barandilla de bronce, pidió a voces una pinta. Era la mínima cantidad de líquido suficiente para saciar la sed insípida y cenicienta que notaba pegada al fondo de su garganta. Calculó que, tras despacharse rápido la pinta, que tanto tiempo se estaba demorando, subiría de nuevo las escaleras, esquivaría al camarero y se reuniría de nuevo con Brenda, la mujer con la que estaba sentado antes de caerse. No podía creer que el ridículo incidente de las escaleras le hubiese ocurrido precisamente a él. Su memoria actuó primero como una solícita máquina de propaganda, levantándole la moral, diciendo que no podía estar tan borracho y haber rodado por las escaleras de ese modo y que lo que en realidad había ocurrido, sí, seguro que era eso, era que él debía de haber bajado *andando* las escaleras y se había quedado dormido en el último escalón. Le podría haber pasado a cualquiera, sobre todo después de un día entero de trabajo, de pie junto a un torno bajo el monótono rugido de la sección de torneado. Pero esta explicación resultaba demasiado insulsa. Quizá en realidad había bajado rodando un tramo de escaleras. Sí, se acordaba claramente de haberse pegado algún que otro trompazo mientras caía.

Pidió por tercera vez su pinta. Tenía los ojos vidriosos por el cansancio y se habría dejado caer de nuevo por la barandilla de no haber sido porque su instinto de autoconservación se hizo con su puño en el momento en que flaqueaba y le forzó a agarrarse. Empezaba a sentirse realmente mal, y al luchar con esta tentación su cansancio aumentó. No sabía si ir de nuevo arriba con Brenda o si beberse su pinta tranquilamente y volver a casa para meterse en la cama. La cama es el mejor lugar del mundo cuando te sientes hecho polvo, pensó para sus adentros.

El camarero puso ante él una pinta. Pagó un chelín y ocho peniques, y se la bebió casi de un trago. Su fuerza retornó milagrosamente, y alzó la voz para pedir otra: esa hacía la número trece, pensó. A algunos les da mal fario, pero hay que esperar a ver cómo entra. Le sirvieron la pinta y se la bebió algo más despacio, pero cuando iba por la mitad notó que la tentación de vomitar se convertía en una necesidad que empezó a golpearle con insistencia el fondo de la garganta. Se resistió y encendió como pudo un cigarrillo.

El humo se le atragantó y solo tuvo tiempo para abrirse camino entre la multitud —dando codazos a los que estaban de pie y que, sin saberlo, le impedían el paso, medio ahogado por el humo que ahora salía de su boca y su nariz, sintiéndose extrañamente poseído por una fuerza brutal que no podía controlar— antes de sucumbir a la tentación que le apremiaba desde que se cayó por las escaleras. Terminó vomitando ruidosamente sobre un hombre de mediana edad que había sentado junto a una mujer en uno de los asientos de piel verde.

—¡Dios mío! —gritó el hombre—. Mira lo que me ha hecho el maricón este. ¡No me lo puedo creer! Es mi mejor traje. Lo acababa de limpiar. Quién lo diría. ¡Ay, Dios, que me ha costado quince chelines! Ese se debe de creer que el

dinero crece en los árboles. Y los trajes también. A ver cómo le quito ahora las manchas. ¡Ay, Dios...!

Y así siguió durante varios minutos, vociferando con voz quejumbrosa. Tanto, que los que se giraban para mirar esperaban que de un momento a otro estallara en sollozos.

Arthur, mientras tanto, le miraba estupefacto. Era incapaz de creer que la tragedia de la que acababa de ser víctima tuviese la menor relación con él y con la tentación a la que acababa de sucumbir. Aun así, entre la espesa atmósfera, el humo y los estridentes reproches procedentes de la acompañante del tipo, dedujo que era culpable y que debería disculparse por lo ocurrido.

Así que se quedó allí de pie, rígido, balanceándose ligeramente sobre los talones, con los ojos brillantes y el abrigo desabrochado. Automáticamente se palpó la ropa para ver si encontraba otro cigarrillo, pero, al recordar las consecuencias de su intento de fumarse el último, abandonó la búsqueda y dejó caer las manos.

—Mira lo que has hecho, sinvergüenza —le gritó la mujer—. Has vomitado encima del mejor traje de Alf. Y encima te quedas ahí parado... ¿Por qué no haces algo, eh? ¿Por qué no te disculpas al menos?

—Di algo, amigo —pidió un espectador.

Por el tono de su voz, Arthur se percató de que la clientela no estaba precisamente de su parte, pero era incapaz de articular palabra para defenderse. Miró a la mujer, que seguía gritándole a la cara. Mientras tanto, la víctima intentaba torpe e ineficazmente limpiarse el traje con un pañuelo.

La mujer estaba a un paso de Arthur.

—Míralo —le amonestó gritándole a pocos centímetros de la cara—. Si está casi inconsciente... No puede ni articular palabra. Ni siquiera disculparse. ¿Por qué no te disculpas, eh? ¿Es que no puedes disculparte? Vaya tirado, emborrachándose de

esta manera. Parece uno de esos *Teddy Boys*, siempre armando bronca. ¡Venga, discúlpate!

Por su uso constante de aquella expresión, más bien parecía que acabara de aprender su significado —quizá tras la interrupción por avería de algún programa televisivo— o incluso que hubiera aprendido a deletrearla con cubos de colores cuarenta años atrás, en el colegio.

—¡Discúlpate, te digo! —gritó. Tenía cara de loca—. ¡Vamos, discúlpate!

La bestia que llevaba Arthur en el estómago tomó de nuevo las riendas, y repentina y despiadadamente, antes de que pudiese pararla o apartarse, o incluso avisar a alguien de su presencia, volvió a brotar de su boca con un estruendo atroz.

La mujer se quedó estupefacta. A través de la neblina, su cara se aclaró. Arthur vislumbró dientes entre labios abiertos, ojos entrecerrados, garras preparadas. Era toda una tigresa.

No vio nada más. Antes de que ella pudiese saltar, él hizo acopio de fuerzas y se abrió paso a través del gentío, impulsado por un fuerte instinto de supervivencia, hacia la puerta de la calle, huyendo de una escena de ridículo y desastre, anunciadora de represalias seguras.

Llamó con suavidad a la puerta de la casa de Brenda. No obtuvo respuesta. Lo suponía. Los niños dormían y Jack, el marido, estaba en las carreras de Long Eaton —perros, caballos, motos— y no volvería hasta el domingo a mediodía. Brenda debía de haberse quedado en el pub. Sentado ahora en el umbral de su puerta, intentó recapitular su camino hasta la casa: un recuerdo vago de batallas contra farolas, tapias y bordillos, de tropiezos con viandantes que le decían que mirase por dónde andaba y que le amenazaban con darle un guantazo; voces iracundas y la piedra dura e indiferente de los edificios y las aceras.